

Ciudadanismo

EDITORIAL

LA JUSTICIA ES ASÍ

Resulta enternecedora la ingenuidad de la Asamblea francesa allá por el año inaugural de su Revolución. En su preámbulo, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano dice: *...a fin de que los actos del poder legislativo y del poder ejecutivo, al poder cotejarse a cada instante con la finalidad de toda institución política, sean más respetados; y para que las reclamaciones de los ciudadanos en adelante fundadas en principios simples e indiscutibles, redunden siempre en beneficio del mantenimiento de la Constitución y de la felicidad de todos.* Le da a uno la risa cuando piensa en el Tribunal Constitucional, cuyo primer fundamento es la corrupción intelectual. Las cosas nunca son lo que parecen, y el pobre ciudadano de a pie que no tiene los altísimos estudios de esos eximios juristas, no puede pretender que leyendo la Constitución tal como viene, va y la entiende. En absoluto.

Partiendo de esta ruina intelectual, la Constitución dirá en cada momento lo que acuerden los magistrados del Constitucional que ha de decir. Lo que diga en cada momento no depende más que de la libre y arbitraria voluntad de los magistrados. Por eso ha sido tan importante la recusación de un magistrado, y por eso se ha levantado tanta polvareda para sustituirlo por otro que haga la faena que se espera de él.

Sea cual sea el elenco de magistrados de ese Tribunal a la hora de examinar la constitucionalidad del Estatuto de Cataluña, hay una sola cosa que está clara por encima de todo: y es que la lectura de la Constitución será totalmente retorcida y arbitraria, dictaminando y votando cada uno al servicio de quien lo ha colocado en el tribunal.

¿QUO VADIS, ESPAÑA?

Ahora resulta que la España de charanga y pandereta, por la que tanto nos hemos afligido desde que así la bautizara Machado, el poeta andaluz (hoy poeta de una futura realidad nacional por la gracia de Chaves-Zapatero), no es ni mucho menos la peor España posible. Por lo que hemos podido ver estos días (estos meses, estos dos últimos años), la peor España posible ¡quién lo iba a decir!, estaba larvada en Cataluña, esperando el empujoncito de alguien que la pusiera en circulación: "Lázaro, levántate y anda" ¡No me diga! ¿Y quién es ese alguien, al que tal suerte le cupo?

Digámoslo de otra forma: ahora resulta que la España más productiva, la más seria, la más admirada por los españoles de otras comunidades, regiones o latitudes; la más rica de todas, la que tiene un tejido social organizado y envidiable, la ventana por la que queríamos que nos miraran desde otras partes del mundo, la locomotora que tiraba de los renqueantes vagones de cola, incluidos los lastres endémicos de la picaresca, la inclinación al pesebre y a la vida contemplativa o contrapunto de la imponderable productividad... Esa España, digo, es también la más esperpéntica, lunática y estrambótica que el peor de los encantadores que persiguieron -y persiguen- a don Quijote haya podido imaginar. ¿Adónde se dirige vuesa merced, excelencia? Voy a Cataluña, Señor Aparecido, a descubrir los vericuetos, oquedades y pasadizos por los que se llega a la nueva realidad catalana, de los

que se dice que son obra de ingeniería cerebral muy próxima a la fenomenología y al paroxismo, ambas cosas a un tiempo.

¿Pero cómo es posible crear una nación a través del retorcimiento de las ideas, de la interpretación y/o suplantación de las voluntades, de la tergiversación monda y lironda de los acuerdos, de la burda mentira y del estúpido circunloquio? Para ser nación hay que serlo de frente, sin ambages, sin tapujos, sin medias tintas, con argumentos fundacionales y fundamentados, clarividentes e incontestables. Más o menos así: Cataluña es una nación porque al señor Huguet no le gustan los toritos de trapo... ¡Vaya, hombre! ¿Ni siquiera con los botines de El Fari? Ni siquiera con los botines de El Fari. Las naciones catalanas, de las que quiero advertir a su impresionante señoría que va a haber muchas, grandes y libres, se fundamentan todas en la figura del caganer, con la que Huguet comparte todos los días una sardana... Vale, vale... ¿y si deja usted de decir "tonterida española", que ya se está pasando con el mondongo? Huguet es un cero a la izquierda, por si no lo había intuido. Y en lo tocante a la construcción futura de España, el que pinta es Maragall, que, con la ayuda de Zapatero, está dispuesto a hablarnos de tú desde la Imperial Cataluña: Mira, José Luis, el futuro de Europa está aquí, con nosotros. De momento, ya hemos entonado la Marsellesa en catalán. No te quepa Aulestia de que pronto entonaremos también el himno de Espa-

ña, porque sí, oye, porque en el fondo "la sardana y el fandango me emocionan". Y porque "España me pone", joder, ya lo dijo el folclórico presidente de Cantabria, el que me regaló la pulsera que de verdad me ha curado de tentaciones separatistas.

Ahora resulta que el ciudadano Maragall, el que fue tan buen alcalde de Barcelona, el que teóricamente lideraba un proyecto socialista para contraponer al corrosivo nacionalismo de Pujol, el astuto gnomo de CIU que se había apoderado en exclusiva del chiringuito y de la butifarra; el que parecía llamado a mantener la cohesión de "esta España mía / esta España nuestra" que no encuentra su esencia ni su voz ni su equilibrio... Que el ciudadano Maragall, digo, no es ni mucho menos la solución para nuestros muchos quebraderos de cabeza. Por lo que hemos podido ver estos días (estos meses, estos últimos años) es más bien una parte importante del problema que tenemos que resolver, el que nos agarrota y nos inutiliza.

Y Maragall fue el que dijo que Cataluña se había cansado de ser solidaria con España. Él fue el que habló de la asimetría federal, es decir: del desequilibrio interregional y del privilegio de los elegidos. Él fue el impulsor de un Estatuto que rompía claramente el consenso constitucional (La constitución no es inamovible, por supuesto, pero si tal es el pacto que voluntariamente nos dimos, hay que mantenerlo por todos mientras no decidamos cambiarlo). Él fue el que metió en el

gobierno de Cataluña a esos niños radicales que, por jugar con el fuego, terminarían meándole la cama. Él fue el que tapó la corrupción endémica e institucionalizada de CIU (situada entre el 3 y el 20 de la calle Porcentaje), corrupción que antes había destapado en un arrebato de incontinencia parlamentaria; él fue el que permitió, vía Montilla, que su partido se beneficiara de unos cuantiosos préstamos condonados de bóbilis bóbilis, aunque sólo de un bóbilis aparente. Él fue el que aguantó los desmanes de Vendrell, encaminados a financiar el partido extorsionando a los que fueron empleados por su mediación. Él fue el que nombró como consejero de gobernación a un tipo que había ejercido de terrorista mediante la colocación de dos iniciativas de pólvora...

Menos mal que CIU, de quien se sabe que ha practicado la corrupción durante 24 años seguidos, al 3 o al 20, tanto da, se presenta como el salvador de la patria. Experiencia, ya tiene. Mano izquierda, también, por más que sea un derechón de padre y muy Pujol mío. Ganas de mandar no le faltan: Durán está pidiendo a gritos un ministerio en Madrid ¿El de Hacienda? Y el viento lo tienen a favor "desde aquel día". O desde aquella noche ¡"Qué noche la de aquel día"! ¿Eh, noi? Sí, sí, desde aquella noche intensa y memorable en la que Zapatero y Mas, "amigos para siempre", le pusieron los cuernos a los chicos de Esquerra Republicana de Cataluña una, Cataluña grande, Cataluña libre; aquellos que con el pacto del Tinell, basado en el oportunismo y en la necesidad (ingredientes requeridos para todo chantaje), quisieron poner a España patas arriba, justamente para que en el futuro nadie pudiera volver a decir "Arriba España", sino tal vez Visca el Barça, Adéu Madrid, "Amunt, amunt, Catalunya".

Pero a esos chicos rebeldes los ha descabalgado Maragall, y a Maragall lo descabalgará necesariamente Zapatero, si es que quiere los votos de don Arturo, prometidos en esa noche de amor ante una mesa redonda. De esta manera sacarán adelante la patata caliente del Estatuto, que seguirá garantizando la inestabilidad, que seguirá dando alas a los radicalismos, que no contenta a troyanos ni a troianos, que no concita el entendimiento ni postula la concordia, que no garantiza ni de lejos una mejor Cataluña ni una mejor España.

Lo que yo no entiendo bien es que todos estos líos de telenovela folletinesca no ayuden a las mentes preclaras de una y otra parte a entender que lo que debe hacerse de veras es reformar la Constitución y establecer un estado federal con el acuerdo de todos, o por lo menos de la inmensa mayoría, y, desde luego, con el acuerdo del PP y del PSOE. ¿Qué sentido tiene un estatuto que va del noventa al cuarenta y nueve, pasando por el cincuenta y cuatro? ¿Qué se puede hacer con un estatuto que, si la Moreneta no lo remedia, va a ser aprobado por los pelos? ¿Se puede forjar la convivencia contra un montón de ciudadanos, previsiblemente cercano a la mitad de los catalanes, por no mentar al resto de los españoles? ¿No era condición "sine qua non", como dijo Zapatero Blas Punto Redondo, un consenso amplio, por supuesto más amplio que el del actual y ya moribundo Estatuto, que en la gloria quede? ¿Y esto es lo que ha costado dos años de mareos, sustos, broncas, vicisitudes, encuentros y desencuentros, amenazas, chantajes, boicots e incluso odios entre "hermanos, camaradas, amigos, despedidme del sol y de los trigos"?

Pues no sé si ha valido la pena.

Posdata:

Tan mal se han hecho las cosas en Cataluña que ha llegado un momento en que algunos ciudadanos no han podido aguantar. Ese es el motivo por el que nació el colectivo "Ciutadans de Catalunya", primero como Plataforma cívica y luego, hace sólo unos días, como partido político. Su ideario, recogido en su 2º manifiesto, no puede ser más claro y esperanzador: 1º.- Ciudadanía: los territorios no tienen derechos, sólo las personas. 2º.- Libertad e igualdad: promover espíritu crítico y debate racional, asumir principios heredados de la Ilustración,

defender la igualdad ante la ley y los derechos de las sociedades democráticas. 3º.- Laicismo: neutralidad de la Administración en asuntos religiosos e identitarios. 4º.- Bilingüismo: elevar a oficial lo que es normal en la calle. Defender el bilingüismo en todos los ámbitos: Administración, medios de comunicación, enseñanza, etc. 5º.- Constitución: la soberanía reside en el conjunto de la ciudadanía española, no en la de cada una de sus comunidades autónomas.

No hay mal que por bien no venga. ■

Mariano Estrada

LA PALABRA

¡¡NACIONALISTA!!

"¡Nacionalistas, ellos!" (Hay que explicar que ellos son España y Francia, y que estas palabras son de Arzallus). Acaba de trasladarse "oficialmente" (desde la oficialidad nacionalista, se entiende) la palabra nacionalista de la columna de las palabras elogiosas, a la de palabras oprobiosas. Arzallus acaba de convertirla en insulto y acusación. Ya pronostiqué al principio de la guerra de Clinton contra Milósevich que esta guerra no era nada buena para los nacionalistas, porque ofrecía la cara más siniestra del nacionalismo, y permitía a los antinacionalistas clandestinos, llenarse la boca hablando mal del nacionalismo (eso sí, siempre adjetivado: totalitario, radical, excluyente, proteccionista...) con lo que conseguían desacreditar el nacionalismo a secas. Hay que ver en dos meses de guerra cómo se ha degradado esta palabra en manos de Milósevich y de la OTAN. Arzallus ha sido el primero en convertirla en insulto abiertamente, sin tapujos. Porque hay que ver cómo han disfrutado los antinacionalistas pronunciándola aviesamente. Alerta, pues, que se ha abierto oficialmente la veda del antinacionalismo. Y quien ha cortado la cinta ha sido justamente uno de los dos nacionalistas por antonomasia.

Se nos ha desestabilizado el lenguaje, y ahora hemos de ver por dónde van a ir los tiros. Ha llegado la hora de situar la palabra nacionalismo en toda su dimensión histórica, de darle a más de uno en los morros con la palabra nacionalismo; la hora de trasquilarse a los que fueron por lana. Ahora se fundamentarán históricamente los insultos de "fascistas" y "nacis" que reciben los españoles y los franceses por parte de los hasta ayer nacionalistas "a buena parte". Ahora les recordarán sin ningún pudor que "nazi" no es más que una abreviación de "nacionalista"; que el fascismo fue la forma especial del nacionalismo de Mussolini. Que se tienten unos y otros la ropa, a ver si están en condiciones de tirar piedras contra los nacionalistas.

Lo peor que le puede pasar a una palabra es convertirse en un **insulto**, es decir en arma arrojada para lanzarla contra otro. (Insultar procede de *in* más *salio*, *salire*, *saltum*; significa, por tanto, saltar contra alguien). Desde el momento que se lanza esa palabra como acusación (fundada) o como insulto (con o sin fundamento), es que se ha acabado ya su prestigio; se convierte en palabra nefanda (que no ha de ser dicha). Recuérdese a estos efectos lo que le ha ocurrido a *Hostia*, la palabra más santa de nuestra sacrosanta religión. Al utilizarse como un reniego ha perdido su santidad. Se ha convertido en palabra nefanda. Y probablemente detrás de ella estuvo el nacionalismo español contra los judíos y los moros (*ver web*). La palabra nacionalista se quedará para Milósevich y para los opresores de los nacionalistas, que tendrán que buscarse otro nombre sin contaminar. Aún tardará en aparecer la nueva denominación. Estaré atento al nacimiento de la criatura. De momento aún no ha sido ni engendrada. Se han precipitado los acontecimientos, y un nombre no se improvisa ni puede ser hijo del capricho. Así, tendremos que seguir usando la palabra nacionalista tanto para el opresor como para el oprimido, igual que usamos el nombre de huésped tanto para el hospedador como para el hospedado. ■

de elalmanaque.com